

# LIBERTAD, GENEROSIDAD Y TOLERANCIA



**por el Q.ºH.º Joan Lacorte**  
**Terragona**  
**España**

Me costó decidirme a redactar esta plancha ya que, en principio, los tres conceptos enunciados, encierran en sí mismos, una carga filosófica, cultural y social de tal magnitud, que enfrentarme a las tres a la vez, me causaba un cierto temor ya que no me sentía cualificado, no ya para ejercer una mínima maestría sino que ni tan sólo creía que mi labor de aprendizaje pudiera servir de algo a mis oídos.

No me habría enfrentado a estos tres conceptos si no hubiera tenido ante mí, palabras procedentes de dos frentes igualmente importantes y notoriamente abundantes en el saber: los clásicos –todos ellos: griegos y latinos- y dos de los pensadores más finos que haya dado al mundo, la cultura francesa: Michel de Montaigne i Charles de Secondat, barón de la Blède, mucho más conocido como el barón de Montesquieu. Éste suele ser más conocido que aquél, ya que es quien establecerá las bases del Estado moderno democrático i es también aquél, del quien tantos políticos que se llaman a sí mismos demócratas, hablan, comentándolo a cada momento al tiempo que conculcando sus enseñanza a la primera de cambio, olvidan o tergiversan sus ideas.

De la generosidad a la tolerancia para la obtención de la libertad. Ésta es la verdadera cuestión que me desazona. La libertad no puede ser nada más que poder hacer lo que hay que hacer y a la vez no verse uno obligado a hacer, aquello que no se quiere hacer. Es, en definitiva, asimismo, el derecho a hacer

lo que las leyes permitan, ya que si la libertad diera también derecho a hacer lo que las leyes prohíben, ésta ya no sería libertad.

Una vez establecida esta afirmación primordial para el desarrollo de todo razonamiento posterior, diré que es necesaria la generosidad en el ejercicio del poder y en la creación de espacios de libertad y por lo tanto, hay que tener pensamientos de muy alto nivel para acceder a la generosidad necesaria. Si, como decía Cicerón, “el estudio de la filosofía no es otra cosa que prepararse para bien morir”, el estudio de la forma de aplicación de los espacios de libertad, es la mejor manera de vivir. Para adquirir la generosidad suficiente para poder vivir en libertad, aplicando a todos nuestros actos, una gran dosis de tolerancia, serán necesarios el estudio y la contemplación, el conocimiento de nuestra misión en la tierra y el aprendizaje a no temer la muerte. Si el placer es un fin, en el hombre –y eso nos lo recomiendan, incluso, las Sagradas Escrituras- con estudio y contemplación se consigue ese contentamiento que resulta ser mas sincero, mas robusto y mas humano ya que deriva de la virtud. Cualquier placer menor tendrá que conseguirse por la vía del esfuerzo o de la competencia, pero no será un privilegio que se otorgue a todo el mundo.

Entre las muchas ventajas que nos otorga la virtud, ninguna es tan importante como la madura actitud frente a la muerte, acomodando la vida humana a una tranquilidad fácil y suave, a un estado que casi elimina cualquier otro placer o pseudoplacer que imaginarse pueda y de esta forma, por la vía de la generosidad y de la tolerancia, el airado podrá contenerse mejor, el soberbio será mas humilde i el avaro, mas generoso. Y cuando la generosidad se instala en nosotros, al gozar mas placenteramente de cuanto tenemos sin envidiar al prójimo, adquirimos cuotas de libertad ya que inmediatamente nunca los espacio de libertad reservados para los demás. Por la vía de la contemplación, del estudio, del amor al saber, que es exactamente lo que significa “filosofía”, se llega a la virtud y a la generosidad y también a la anhelada libertad.

Me acojo ahora a Montaigne, en el tercer periodo de su vida, ya que había vivido dos periodos igualmente interesantes, con anterioridad, en los que habiendo asumido como valores primordiales, el estudio i el conocimiento de uno mismo, admite ahora que puede soportar algunos de sus males y de sus achaques, solamente gracias a su confianza en la vida que a su vez le lleva a no temer la muerte. La devastación de su fortuna como consecuencia de algunos episodios de guerras de0 religión, no le llevan a la desesperación y, él mismo, en medio del malestar que provoca la pérdida del bienestar material, crematístico en suma, recordará unas palabras de Eurípides, el comediógrafo griego que resumirán bastante bien su estado de ánimo ante el derrumbamiento: “aquel que, por sí mismo, se considere un gran hombre, con el primer pretexto será totalmente abatido”.

Creer en máximas como la mencionada, hacen de Montaigne un hombre libre, ni ligado a riquezas ni atado a prebendas, libre, en resumen, en el mundo obscurantista que le ha tocado vivir. Es probable que su grado de libertad personal y por tanto de generosidad y tolerancia lo llevaran a ser varias veces alcalde de Burdeos y a que se le considerara, mientras estuvo en el cargo, como un hombre justo, audaz y estimado.

Quien ama la vida, suele ser tolerante. La voluptuosidad del espíritu del hombre libre y generoso tiene mayor fuerza, es más constante, tiene mayor variedad y dignidad, ya que se fundamenta en la virtud. El virtuoso es un ser que no está libre de perturbaciones, pero es, en cambio, capaz de moderarlas.

Con estas premisas, con estos razonamientos en los que espero que la mayoría estemos de acuerdo, podremos hacer un análisis mas preciso de una de las iniquidades mayores que el hombre ha desarrollado y desarrolla con verdadero anhelo y en todo tiempo y lugar: la guerra. La guerra, que todos acostumbramos a juzgar injusta, como si existiera alguna que fuera justa, no es nunca necesaria y la mayor parte de la veces, incluso, inexplicable. La guerra sería, ya sea entre dos hombres, dos familias o dos naciones, la falta, el olvido, la perversión de la virtud. La conculcación de las libertades individuales y colectivas, la invasión de los espacios de libertad del contrario, el fracaso de nuestras propias generosidad y tolerancia. Quien tiene derecho a llenar de odios homicidas, los corazones de aquellos que se han convertido en sus enemigos? Quien puede llamar en su ayuda, a los demonios y a la furias? Aquellos que han sido ganados por la avaricia, la crueldad y la venganza, conceptos todos ellos que tendrán que ser eliminados por la justicia. Y la justicia es también libertad y la injusticia es la privación de la generosidad y de la tolerancia. Tendremos pues que afirmar, si no fuera que es del todo evidente, que sin justicia no hay libertad ni puede existir la democracia. Y que la justicia es la base del único gobierno que no puede caer en el desgobierno.

Llegados a este punto podríamos mentar a Montesquieu, otro gran pensador gracias al cual Francia merece toda la gloria posible si no fuera que dispone ya, de mucha, por la que sentirse orgullosa. Montesquieu será quien introducirá en la teoría política, los conceptos de libertad y tolerancia, por primera vez en la historia aunque Montaigne lo hubiera intuido dos siglos antes, aunque sus prédicas se perdieran como voz que clama en el desierto. Y debemos seguir a Montesquieu cuando expresa en su libro número 11 que “la libertad política consiste en hacer aquello que se quiere que se haga” o en otras palabras: aquello que las leyes permitan. Esta es una máxima que he mencionado antes y que el filósofo y político enuncia pensando siempre en los sabios griegos: Platón y Aristóteles cuando dicen: “sólo el poder puede parar el poder” y este poder precisa de una clima moderado, tolerante y libre en aplicación de la razón y la justicia.

Dejadme terminar, queridos Hermanos, si es que mi disertación os ha parecido lúcida hasta este momento, expresar algo que resulta chocante, dicho por mí, como buen liberal *demodé* que soy. Considero que la democracia no es un estado libre *per se*. La libertad política basada en la virtud de los gobernantes y transformada en generosidad y tolerancia, se encuentra solamente en los gobiernos moderados cuando éstos no abusan del poder; pero está claro que todo hombre, por experiencia eterna, que tenga poder, se ve inclinado a abusar de él y así lo hace hasta que encuentra un límite. Momento de reflexión, volvamos al mundo y demos con los pies en el suelo: somos mortales y venimos de la tierra a la que volveremos. Por lo tanto, rebobinemos la cinta de nuestro video particular y al tiempo que recordamos la muerte mas o menos

cercana, pero siempre al acecho y a quien no hemos de temer, por cierta y por no menos obvia, cavilemos un instante y pensemos que al venir a este mundo, nada éramos ni nada teníamos y que de la misma forma, lo abandonaremos. Pues bien, en nuestro camino particular de perfección a lo largo de la vida, mucho habremos aprendido y tendremos que aplicar grandes dosis de generosidad antes de hora. Habremos reencontrado la tolerancia y en el espacio de nuestra reencontrada libertad, tanto si hemos sido hombres poderosos, como si hemos sido humildes personajes, habremos buscado con fuerza y renovado anhelo, la Justicia con mayúscula.

